

Algar

COLECCIÓN
CALZETÍN

¡Hola, estúpido
monstruo peludo!

Fina
Casalderrey

Dibujos de
Marina
Seoane



1

Un monstruo en casa

Mamá llevaba puesta una fabulosa sonrisa y un vestido verde con cerezas rojas. Estaba contenta con la casa, con el trabajo, con papá, conmigo... Mamá estaba contenta con el mundo y se había comprado ese vestido para celebrarlo.

Mientras esperaba a papá, danzaba tan feliz delante del espejo de su habitación que parecía un cerezo mágico; y yo, ¡a punto estuve de marearme!

A continuación, se puso unos zapatos, también rojos, y un collar de cuentas verdes y rojas. ¡Estaba guapísima!

De buena gana le habría dicho:

—¡Me gusta tu vestido de cerezas, mamá!

Pero no podía oírme. Yo permanecía todavía dentro de su tripa: en eso que llaman útero materno, y sin demasiadas ganas de salir. ¡Era tan agradable escuchar desde mi refugio aquellas lecturas que mamá escogía para mí!

Todas las tardes me leía en alto, con su voz de notas de violín, mientras yo me balanceaba en aquella nube de agua. Argos, nuestro perrito, buscaba un hueco en su regazo y allí permanecía sin moverse, como un gato junto a la lumbre: respirando callado.

Me encantaba verla reflejada en el espejo, entrar en sus pensamientos...

También podía oír los ruidos del cielo, de los árboles, del mar, de la ciudad... el rugido del viento...

«Desde cualquier lugar en el que estés, podrás escuchar el bullicio del mundo», me había enseñado mamá.

De la misma manera, fui capaz de oír los gritos histéricos de papá. Acababa de entrar en casa transformado en un auténtico monstruo salvaje.

—¿Dónde está mi cena? ¿Qué diablos estás haciendo? —dijo ante los ojos atónitos de mamá.

¡Papá gritaba tanto que a punto estuvo de romperme los tímpanos! De su boca saltaron dos horribles sapos que rebotaron en las paredes del salón y treparon por el chinero, haciendo temblar las copas hasta provocar un verdadero desastre.

Argos también los vio y corrió a esconderse debajo del desagüe del vertedero; ¡aún era un cachorro y estaba tan asustado!

Papá nunca jamás había entrado batiendo con tanta fuerza la puerta de la calle. Nunca había mirado a mamá con aquellos ojos abiertos de pez muerto. Nunca nos había gritado de semejante manera; y, por supuesto, ¡jamás había vomitado sapos repulsivos!

Aquella noche, llegó a casa tan bebido que yo misma, desde mi escondrijo, tenía que taparme la nariz para que no me entrase su asqueroso olor a cerveza.

El espejo del mueble del salón reflejaba una inmensa panza balanceándose de un extremo a otro, igual que el péndulo del reloj de la pared: papá se iba pareciendo cada vez más al Buda

barrigudo que teníamos en un estante de la cocina.

—¡Quiero cenar cangrejos en salsa de chocolate blanco! —le exigió a mamá con una voz gangosa desconocida.

Su cara le había cambiado tanto que, de no ser por su maletín de siempre, ni lo habría reconocido.

Mamá se quedó paralizada, quieta como la silla en la que se sentaba. La mirada enfadada de papá le había hecho el efecto del veneno de una cobra.

Mi padre tenía la expresión enloquecida: la boca se le había hecho enorme, los ojos se le teñían del color de la sangre y unos extraños pelos verdes le habían salido hasta por la palma de las manos. Sus pies gigantes y descalzos podrían aplastar a la vez a dos perritos como Argos.